

Y los dos despues de haberse abrazado se separaron.

Fernando en vez de seguir la ruta que debia sacarle al camino real, quiso hacer un pequeño rodeo para pasar por detrás de la casa de Clemencia acaso para verla por la última vez; pero la puertecilla del jardin estaba cerrada y al través del enverjado no se distinguia ninguna persona en él.

Por consiguiente, el jóven no vió á Clemencia, que oculta detrás de un bosquecillo, le siguió con la vista durante algun tiempo hasta que le hubo perdido.

—Y ahora, exclamó la niña con acento desgarrador, tendiendo los brazos en la direccion en que el ginete habia desaparecido; ¡ahora, amor mio! ¡adios! ¡adios! ¡adios, para siempre!

Y al decir estas palabras, cayó desmayada sobre el frio y duro suelo del jardin.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO VII.

Del ventajoso cambio que hizo Gil Gomez con un religioso de la órden de San Francisco.

Si el lector recuerda lo que le hemos dicho acerca del intenso amor que Gil Gomez, profesaba á Fernando, le parecerá ciertamente muy inverosímil, la manera tan sencilla, con que fué alejado al tiempo de la partida del jóven teniente; pero esta inverosimilitud cesará para el lector cuando sepa dos cosas; la primera que Gil Gomez habia formado su plan, que consistia en seguir á Fernando, y servir en clase de soldado en la compañía á que éste fuese destinado, y la segunda que habia sido encerrado, encerrado en el pajar, lo mismo que si fuera un niño de ocho años, encerrado por medio de un ardid ingenioso que consistió en enviarle el hacendado por un objeto y echar la llave por fuera, conociendo que éste era el único medio de impedir un lance desagradable. Para poner en plan

ta su plan contaba primero, con su amor entrañable á Fernando que le hacia insoportable la vida lejos de él, despues con un caballo ciego que le pertenecia esclusivamente y algunos reales que formaban sus ahorros de un año. Por consiguiente, cuando comprendió el ardid de que habia sido víctima, primero golpeó la puerta y las paredes, dió gritos espantosos y se desesperó verdaderamente; pero al cabo de un momento permaneció silencioso y se consoló, considerando que de todas maneras le habria sido imposible partir junto con Fernando, porque el hacendado y los criados habrian impedido su fuga, la cual se verificaria á la primera oportunidad, acaso en la misma noche, y lo único que habia resultado era una diferencia de horas y por consiguiente de distancia, diferencia que desaparecería con la precipitacion en la carrera, ó en el último caso ¿qué importaba llegar á San Miguel el Grande, uno ó dos dias despues de Fernando? Consolado con estas ideas, el futuro soldado se tendió primero sobre la paja para descansar, despues la naturaleza y la desvelada de la noche anterior, lo dominaron y se durmió profundamente, tan profundamente, que ni sintió que al medio dia abrieron la puerta con precaucion y al verle dormido dejaron junto á él una comida completa, volviendo á cerrar la maciza y sólida puerta con menor precaucion y mas ruido. De cuando en cuando el jóven se estremecia en medio de su sueño, ejecutaba algunos movimientos ó articulaba algunas palabras ó gritos de guerra, tales, como: "A ellos" "adelante," "avancen." Era que estaba soñando; se soñaba en medio de una batalla; pero no en clase de simple soldado sino de brigadier nada menos,

y por consiguiente con una gran responsabilidad encima, á su lado combatia Fernando; el zumbido de un moscon que giraba en derredor de las paredes de su encierro, le parecia el estruendo de los cañones, y los ruidos levisimos que el movimiento de su respiracion producía en la paja sobre la que estaba durmiendo, los gemidos de los heridos y moribundos; pero era una batalla de un éxito muy dudoso para él, puesto que los enemigos eran en número cuatro veces mayor que sus soldados, y veía á estos sucumbir, defendiendo el terreno palmo á palmo; por último, los pocos que quedaban en pié, huyeron y se dispersaron al ver cargar á sus contrarios, dejando solos á él y á Fernando, que viendo que no habia otro partido que tomar ya, se pusieron tambien en fuga; Gil Gomez picaba en vano á su caballo, pero éste no avanzaba y parecia clavado en tierra, ya oía el galope de los soldados y los gritos de furor de sus perseguidores, y su montura no avanzaba; quiso echarse á tierra y huir por su pié, pero nada, parecia tambien clavado en la silla, ya se oían los gritos mas cercauos y hasta disparaban tiros al percibirle; quiso defenderse al menos para vender su vida lo mas caro posible, pero imposible, parecia una estátua de panteon, sintió el frio de una pistola sobre su sien, hizo un esfuerzo supremo, dió un grito de terror y despertó sobresaltado. Cerca de dos minutos permaneció todavia con los ojos abiertos, sin poder darse cuenta del lugar en que se hallaba y por qué casualidad habia escapado de aquel peligro inminente que le habia amenazado; por último, poco á poco fué reconociendo las localidades y recobrando la memoria, se acordó de cómo habia sido encerrado y por qué motivo, y se incor-

poró quedando no poco asombrado al encontrar junto á sí, varios platos con alimentos; satisfizo el hambre imperiosa que le dominaba, tomando algunos bocados y se acercó á la puerta para espiar por una hendedura lo que afuera de su prision pasaba; el corral hácia el que ésta daba, estaba desierto completamente, el sol comenzaba á caer, debiendo ser ya lo menos las cinco de la tarde; habia dormido por consiguiente la friolera de diez horas y de nuevo se desesperó, volviendo casi á la misma exaltacion de la mañana; pero despues reflexionó que no debia pasar mucho tiempo prisionero y que acaso dentro de un momento se le devolveria su libertad querida; por consiguiente comenzó á pasearse á lo largo de su encierro silencioso y preocupado acaso por los preparativos de su fuga. Al anocheecer sintió que la puerta se abria dando paso á Don Estevan que le dijo con acento afectuoso:

—Gil, ya puedes salir, siento haberme tenido que valer de esta estratagemata para alejarte de mi hijo; pero como eres tan niño y tan caprichoso, es necesario tratarte como tal, puesto que no te convences con razones.

—Ha hecho vd., perfectamente padre mio, dijo Gil Gomez con tono compungido; ahora me alegro, porque indudablemente me habria sido imposible ver partir á mi hermano, sin acompañarle, mientras que ahora viendo que ya no hay remedio, comienzo á consolarme.

—¡Oh! sí, ¡hijo mio! ya sabes que siempre vivirás á mi lado, por que te he amado con el mismo cariño que á Fernando, ahora los dos esperaremos su vuelta ¿no es verdad?

Gil Gomez no respondió, porque se le hizo es-

crúpulo, dar en su corazon tan franco y tan generoso cabida á dos pasiones que aborrecia, la mentira y la ingratitud.

—¡Bueno! ¡bueno! continuó el hacendado, ahora vamos á cenar porque segun veo nada haz comido y todo el dia lo haz pasado durmiendo.

Y los dos salieron de la improvisada prision.

Las primeras horas de la noche, las pasó Gil Gomez en compañía de Don Estevan permaneciendo ambos tristes y pensativos. A la hora de retirarse cada cual á su aposento para dormir, Gil Gomez, sintió un impulso de remordimiento, al abandonar á aquel hombre honrado que durante tantos años le habia amparado con un cariño verdaderamente paternal; sintió que su corazon se despedazaba al dar cabida en él á la ruin pasion de la ingratitud y tal vez iba á arrepentirse de su resolucion; pero tambien pensó en Fernando, consideró el horrendo vacío de una vida pasada lejos de él y se sintió debil para sufrir esa existencia, resultando de esta lucha que tuvo lugar en su alma durante un momento, que en sus ojos apareciesen dos lágrimas que rodaron silenciosas á lo largo de sus mejillas, y que estrechase besando la mano de Don Estevan.

—Hasta, mañana, hijo, dijo éste con cariño.

—¡Adios! ¡Adios! ¡padre mio! murmuró Gil Gomez saliendo violentamente de la pieza, porque sentia que los sollozos que le estaban reventando el pecho iban á estallar, y lugo que se halló en su habitacion, dió libre curso á sus lágrimas, librando-se así de un peso con que se sentia ahogar. Despues abrió su cómoda, estrajo de ella su maleta de viaje ya preparada de antemano, y que contenia además de dos ó tres vestidos, un bolsillo lleno de

monedas de plata, que segun hemos dicho formaban sus economias de un año, escribió durante un rato el siguiente papel que dejó sobre su mesa y que iba dirigido al hacendado.

¡PADRE MIO!

Soy un ingrato, soy un infame en pagar con una villanía los inmensos beneficios que de su mano de vd. he recibido durante diez y nueve años; pero ¡ay! me es imposible vivir separado de mi hermano y corro á alcanzarle, á cuidarle, á vivir á su lado, aunque sea en clase de soldado.

¡Perdon! ¡perdon! padre mio ¡Adios! le dice á vd. su hijo.

GIL GOMEZ.

Luego estrajo de un cajon de su mesa, un par de pistolas que á pesar de las composturas que Gil Gomez les habia hecho varias veces, mal ocultaban su origen antiguo, pues databan nada menos, que de la época de la invasion de Lorenzillo en Veracruz; las ató á su cintura, despues de haber probado el gatillo; tomó de un rincon una larga espada forrada de cuero y cuyo orin depositado por el tiempo, apenas habia desaparecido á fuerza de frotamientos y limaduras, se la ciñó y esperó á que todo estuviese en silencio en la hacienda. A la media noche, abrió con sigilo su puerta y al ver la quietud que en los corredores y patios reinaba, comprendió que ya todo el mundo dormia profundamente, bajó de puntillas con su maleta al hombro hasta el corral en que se encontraban los ca-

ballos y desató uno de ellos despues de haberle reconocido y colocado una montura medio vieja que en un cuartito, junto al pesebre se hallaba tirada en el suelo.

Era un caballo que aunque en otro tiempo habia sido el primero de la hacienda, ahora habia cegado completamente, aunque conservando sus ojos en el estado natural y todo su brio y movimientos primitivos, esponiendo por consiguiente al audaz ginete que osase montarle, á todos los peligros posibles.

¡Y porqué, entre cien caballos que habia en la caballeriza, escogia Gil Gomez este que era indudablemente el mas malo de todos?

Por un sentimiento de nobleza; porque le parecia que el crimen que á su entender cometia con fugar-se, se haria mas horrible, tomando un cosa que no le pertenecia tan directamente como el mueble de que se iba á servir.

Despues de atar á la grupa del animal su maleta, le tomó por la brida y le condujo con precaucion hasta la puerta del corral, cuya tranca quitó con el mismo silencio, y despues de haberle montado, murmuró casi llorando. ¡Adios! casa querida en que yo ¡pobre huerfano! he encontrado, abrigo, pan y cariño. No sé que presentimiento me dice que ya nunca he de volver á habitar en tu seno, ¡Qué siempre las buenas gentes que te habitan, sean tan felices como yo le he sido hasta aqui!

Y despues de haber sollozado esta despedida, picó á su peligrosa cabalgadura y desapareció violentamente en la oscuridad de la noche á tiempo que la campana del reloj de San Roque sonaba la una. Casi toda la noche galopó con igual ímpetu, esca-

pando mil veces, gracias á su astucia y á su buen conocimiento de la brida, de una caída indudablemente mortal, de manera que al amanecer se encontraba á doce leguas de la aldea; y el resto de la mañana anduvo casi con igual precipitación, gracias á la fuerza de su montura, que hacia un mes, estaba en un completo reposo; al medio día se detuvo en una venta para tomar un bocado y dar un pienso á su caballo; pero con sentimiento tuvo que prescindir de la primera idea pues le dijeron que hacia solo dos horas, se habia dado lo último que quedaba á un relijioso y á su criado que viajaban.

—¡Pero no hay siquiera, huevos, frijoles ó tortillas? preguntó Gil Gomez que hacia cerca de veintio horas no probaba bocado.

—Nada, señor, le respondió el posadero, el padrecito ha comido lo que quedaba y podía alcanzar muy bien para cuatro pasajeros; pero parecia tener un apetito voraz.

—Bribon padrecito, dijo Gil Gomez á media voz, alejándose de aquella inclemente posada.

Al caer la tarde, distinguió por fin una casa que por su aspecto y el portalejo que le formaba frente, indicaba desde luego ser un meson; se acercó á ella violentamente y con gran satisfacción porque ya el hambre se le hacia insoportable leyó encima de la puerta con letras enormes y casi ininteligibles.

MESON DEL BUEN SOCORRO,
SE HACEN ALMUERZOS, COMIDAS Y CENAS,
SE VENDEN
PULQUES Y PASTURAS PARA LOS ANIMALES.

—¡Bueno! dijo Gil Gomez, esta venta sí, no se

parece á la de esta mañana y me voy á desquitar, porque hace veinticuatro horas no pruebo bocado y tengo una hambre horrible.

Y frotándose las manos entró al patio de aquella hospitalaria mansion.

El posadero viejo alto y seco que era la personificación mas viva del hambre, salió á recibirlo.

—Buenas tardes huésped; á lo que veo no hay muchos cuartos vacios en este magnífico meson, dijo Gil Gomez con acento de franqueza y cordialidad, procurando ganarse la estimación del posadero.

—Se engaña vd., señor mio, respondió éste con acento agrio como hombre que está acostumbrado á ejercer un dominio absoluto, se engaña vd., porque solo uno está ocupado.

—¡Ah! conqué hay esta noche pocos pasajeros, ¡es raro! porque la venta tiene fama en todos estos alrededores.

—Sí, uno solamente.

—Acaso un....

—Un venerable sacerdote, interrumpió el huésped, llevando su mano al sombrero en señal de respeto.

—¡Ah! un frai.... dijo Gil Gomez visiblemente contrariado por la presencia de aquel viagero que llegaba antes que él á las posadas, y que le recordaba el lance de la mañana.

—¡No desmonta vd?

—Sí; haga vd. que me preparen un cuarto, que le den un pienso á mi caballo colocándole en el mejor establo, porque aquí pienso dormir esta noche; pero sobre todo, dígame vd. lo que hay preparado de comida, porque tengo un apetito, como el que puede despertar el aspecto de esta venta.